

bién la herejía para disputar al Catolicismo la posesión de la Tierra Santa, y quitan, por último, la majestad á aquellos sitios varias casas de cónsules y de particulares, jardines y hasta cafés.

Mas no anticipemos nuestro juicio acerca del estado en que actualmente se encuentra; evoquemos, ya que cada piedra es testimonio, el gran suceso religioso é histórico de aquella tierra; sigamos contando, siquiera brevemente, cuanto dicen de las épocas pasadas los lugares que recorreremos. Digamos, empero, antes algo de su situación topográfica y de su clima.

## I

Jerusalén, edificada sobre uno de los puntos más culminantes de la Judea, á unos setecientos ochenta metros sobre el nivel del Mediterráneo, ocupa la cima de una pirámide, que tiene por grandes tierras, tanto más áridas cuanto más á ella se aproximan. La serie de alturas ó colinas, sobre las cuales se ha extendido, más ó menos según las diferentes épocas, y se levanta aún la Ciudad Santa, componen un monte, que con el Olivete, que está enfrente por la parte del Este, forman un valle y barranco celeberrimos, llamados el primero Valle de Josafat, y Torrente Cedrón el segundo. Tres de dichas colinas, cuyos nombres son Bezetha, Moriah y Ophel, ocupan la parte oriental de la ciudad; y otras tres, llamadas Gaseb, Acra y Sión, la parte occidental. El gólgota es un contrafuerte ó cabeza de la colina Gareb. Según Flavio Josefo, tres son los recintos principales que Jerusalén ha tenido, los cuales se distinguen todavía: el de David y Salomón; el de los reyes de Judá, y el de Herodes Agripa. Aún hay restos de los fuertes que hicieron construir Vespasiano y Tito para el sitio y asalto de la Ciudad Santa. En la actualidad, la colina Ophel queda fuera de la muralla, y está completamente despoblada; en la colina Moriah se encuentran únicamente los restos del antiguo templo salomónico y las mezquitas de Omar y El-Aksa.

Como se ve, no hay que buscar ahora aquellas alturas y barrancos, que en tiempo de los reyes de Judá tanto contribuirían al magnífico golpe de vista de sus palacios y á la fortaleza de su posesión. «Las colinas serán arrasadas y cegados los valles», dijo el Santo Precursor, cuyas palabras aquí como en parte alguna han tenido cumplimiento.

La Ciudad Santa, merced á su elevación, disfruta de un clima muy templado, en medio de un país en que durante nueve meses del año se deja sentir con fuerza el calor en las tierras bajas, en las costas y sobre

todo en las hondonadas del Jordán. Los inviernos son, por lo general, benignos, y cuando en época lluviosa el agua se transforma en nieve, el blanco sudario que envuelve entonces aquellas tierras es pasajero, pues los rayos solares y los templados vientos del Sud lo derritan y convierte en riachuelos. De modo que el termómetro baja á cero rarísimas veces; y pasada la estación de las lluvias, ó sea desde mediados de abril á mediados de octubre, el ambiente es de inalterable pureza y el cielo se muestra azulado. El calor, aunque soportable, es sofocante los días en que sopla el aire del Sud; cesa este malestar con el abrasado viento *simón* ó *rhamstn*, como le llaman los indígenas.

Son muy pocas las ciudades que hayan experimentado tantas vicisitudes como Jerusalén, y que hayan sido tantas veces tomadas, destruidas y reedificadas; y sin embargo existen muy pocas ruinas de sus antiguos monumentos.

Pretenden algunos que Jerusalén fué edificada por los años de la creación del mundo 2023, y según otros, en los de 1991, por el gran sacerdote Melquisedech, que la dió el nombre de *Salem*, cuyo significado es el de *mansión de paz*. Cincuenta ó sesenta años después de su fundación, los jebuseos, que descendían de Jebus, hijo de Canaán, se apoderaron de ella. Para asegurarse de su posesión, no sólo aumentaron las murallas, sino también construyeron una fortaleza sobre el monte *Sión*, que llamaron *Jebus*. Algunos intérpretes están acordes en que de este nombre y del de Salem provino el de la ciudad de Jerusalén.

Josué se apoderó de ella, después que en la jornada de Gabaón venció é hizo matar al rey Adonisedech. Los jebuseos volvieron á ocuparla después de la muerte de aquel general; pero muy luego fueron arrojados de ella por los israelitas, reteniendo, sin embargo, la fortaleza, de que perseveraron dueños hasta que sentado David en el solio de Israel, les atacó y echó de ella, eligiéndola entonces capital del reino. Este Profeta-Rey la dió la mayor extensión, y Salomón, su hijo, la convirtió en una de las más bellas ciudades del Oriente, levantando desde los cimientos el magnífico templo, del cual la Sagrada Escritura nos transmite una minuciosa descripción. Después de los días de este monarca, por los años de la creación del mundo 3033 y bajo el reinado de Roboam, su sucesor, cayó en poder de Sesach, rey de Egipto, el cual, satisfecho con haber robado todos los tesoros del templo y del palacio real, se retiró con este botín inmenso, que, entre otras cosas, contenía los broqueles de oro que Salomón se había mandado hacer. En seguida fué tomada por Joas, rey de Israel, bajo el reinado de Amasías; lo fué también por los Asirios, durante el reinado de Manasés y cuatro veces por Nabuco-

donosor, en tiempo de los reyes Joaquín, su hijo Jeconías, y Sedecías. El impío vencedor lo pasó todo á sangre y fuego, arruinó toda la ciudad, y se llevó al pueblo cautivo.

Setenta años después, Jerusalén fué reedificada y poblada de nuevo hacia el año de la creación del mundo 3468 (otros pretenden en el de 3466) por Cyro, que permitió á los judíos el regreso á sus hogares. El año 3831 cayó en poder del rey de Siria, Antíoco Epifano, que la entregó al saqueo por espacio de tres días; hizo matar ochenta mil habitantes, vendió cuarenta mil, y se llevó un número igual de cautivos. Fué reconquistada por Judas Macabeo, y por más que los soberanos de Siria la pusieron sitio, jamás pudieron ocuparla.

Desde esta época, Jerusalén disfrutó de paz y tranquilidad, hasta el reinado de Hircano y de Aristóbulo.

En 941 las contiendas que sobrevinieron entre estos dos hermanos sobre recíprocas pretensiones al trono, no menos que á la dignidad de gran sacrificador ofrecieron un pretexto á Pompeyo para marchar sobre la Judea, y sitiar la capital. Después de una lucha de tres meses, se apoderó de ella, profanando el templo por haber penetrado hasta el santuario, cuya entrada no era permitida sino á los sacerdotes; quiso ver todos los tesoros, pero no se apoderó de ninguno de ellos: causó no tan solamente sorpresa, sino también admiración, cuando se le dijo que los peligros del sitio, durante el cual las máquinas asestaban contra el templo, no habían interrumpido las ceremonias y ministerio de los sacerdotes. Ordenó que se ofreciesen sacrificios á Dios, adjudicó á Hircano la dignidad de soberano sacrificador, con el gobierno de la nación, sin suprimirle más que el dictado de rey, y se volvió á Roma, trayéndose cautivo consigo á Aristóbulo con su familia.

Veintiséis años después, Herodes, llamado el Grande, aquel mismo en cuyo reino nació el Salvador, apoyado por la liberalidad romana y hecho dueño del reino de la Judea por el crédito de Antonio, atacó á su vez á Jerusalén, que le opusó una resistencia vigorosa por espacio de cinco meses. Los romanos, por cuyos socorros triunfó, cometieron profanaciones y crueldades horribles. Saqueando, quemando y no perdonando clase, sexo ni edad, lo hubieron convertido todo en un montón de escombros, si aquel mismo por quien habían combatido, no hubiese aplacado el furor del general y del soldado por el oro que les prodigó.

En fin, para esta culpable Jerusalén, que después de haber muerto á los profetas, y apedreado á los enviados de Dios, había desconocido al Mesías, despreciado las advertencias más tiernas de su amor, y col-

mado la ingratitud con el deicidio; en fin, digo, llegan estos desgraciados días vaticinados por el Salvador, llorando sobre ella; estos días en que le había dicho: *Tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te arrasarán con los hijos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.* (Luc. XIX, 43 y 44).

Amenazados diariamente los judíos por el gobernador de la Judea, lloró en sus vidas y haciendas, y cansados de soportar sus exacciones y tiranía, toman las armas, sacuden el yugo y levantan el estandarte de la rebelión contra los romanos. Por mandato de Nerón pasa Vespasiano con toda prontitud á Palestina, con orden de exterminar los rebeldes si no vuelven á la obediencia. Con el fin de darles tiempo para reconocerse, comienza la guerra con Galilea. Todo cede á la vista del ejército menos Jerusalén, cuyo sitio emprende el mismo Vespasiano, que promovido al imperio, regresa á Italia, confiando la prosecución de la empresa á su hijo Tito.

Acontecía esto por los años 70, á las inmediaciones de Pascua, en cuya solemnidad acudían de todas partes las gentes á Jerusalén para solemnizar la fiesta. Esta particular circunstancia, en lugar de aumentar la confianza de los revoltosos y hacerles creer eran invencibles, debería haberles demostrado, no menos que al universo entero, la más terrible y patente venganza divina. Dividen las facciones esta multitud inmensa: el gobierno pasa en manos de los más sediciosos miserables obstinados, resueltos á resistir hasta la muerte, no solamente al valor y esfuerzo, sino también á la clemencia y generosidad del enemigo.

Después de prolongados trabajos, frecuentemente interrumpidos, y algunas veces destruidos en parte por la audacia de los sitiados, Jerusalén es *circunvalada de contramuro, y estrechada por todas partes.* El día 18 de abril ganan los romanos la primera muralla; el 7 de mayo cae la segunda en su poder; el 7 de julio se apoderan de la torre Antonia; el día 10 de agosto, á pesar de las órdenes rigurosas dadas por Tito para salvar el templo, las llamas devoran este magnífico edificio; el 7 de septiembre se desploma la última muralla, y al siguiente día el vencedor entra triunfante en la ciudad, cuyas calles, plazas y casas se ven atestadas de cadáveres y moribundos. El fuego acaba con los barrios que habían permanecido en pie, los restos del templo son demolidos y el carro rueda sobre sus ruinas.

He aquí los pormenores del templo tales como nos los describe Flavio Josefo: «El templo, dice, estaba construido sobre una montaña muy áspera, y la llanura de su cima apenas bastaba para su sitio y circunfe-

rencia de sus frentes. Pero cuando el rey Salomón lo hizo edificar, mandó construir una pared á la parte de Oriente, á fin de sostener las tierras de este lado, y después de haber nivelado el espacio, mandó construir uno de los pórticos.

» Unicamente estaba arreglada esta parte, mas con el tiempo el pueblo continuó acarreado tierra para extender más este plano, extendiéndole al igual de la cumbre. Después se cortó la muralla del lado septentrional, y se agregó un espacio conforme al de la torre del templo. Adelantado este trabajo de un modo admirable, se circuyó la montaña de una triple pared, pero para llegar á la perfección de una obra tan prodigiosa se pasaron siglos enteros, y emplearon todos los tesoros sagrados, procedentes de las dádivas que ofrecía á Dios la piedad de los pueblos de todas las partes del mundo. Para juzgar de lo grandioso de esta obra, bastará decir, que parte de la circunferencia tenía una elevación de trescientos codos y algo más en algunas partes, y esto en el sitio más bajo del templo. Excesivo gasto de unos fundamentos que casi nadie podrá apreciar, porque habiendo sido después terraplenados los valles, resultaron al nivel de las calles más estrechas de la ciudad. Las piedras empleadas en esta obra tenían cuarenta codos de largo, así que lo que antes se creía imposible, se vió ejecutado por el ardor y perseverancia increíble con que el pueblo empleaba generosamente sus bienes.

» Si estos fundamentos eran maravillosos, lo que ellos sostenían no era menos digno de admiración. Se edificó una doble galería, sostenida por columnas de mármol de una sola pieza que era de veinticinco codos, cuyos artesones de madera de cedro eran tan pulidos, tan bien unidos y hermosos, que para atraer la vista no había necesidad de pinturas ni de la escultura. Tenían treinta codos de ancho, y se dilataban seis estadios, terminando en la torre Antonia.

» Todo el espacio que restaba al descubierto era embaldosado con diferentes especies de piedra, y el camino por el cual se iba al segundo templo tenía una balaustrada á derecha é izquierda de piedras de tres codos de alto, con columnas situadas de trecho en trecho, sobre las que estaban grabados preceptos de continencia y pureza, con caracteres griegos y romanos, para que los extranjeros entendieran que no debían empeñarse en entrar en un lugar santo, toda vez que este segundo templo tenía el nombre de Santo. Se subía á él desde el primero por catorce escalones. Su forma era cuadrangular, cerrada por un muro por la parte exterior que tenía cuarenta codos de alto, cubierto de escalones, mas su elevación por la parte de adentro no era más que de veinticinco codos, resultando que

por haberse construído esta muralla sobre un punto elevado á donde se subía por escalones, no se le podía ver enteramente por dentro á causa de cubrirla la montaña.

» Después de los catorce escalones se hallaba un espacio de trescientos codos, que corría hasta el muro. Aun se subían entonces cinco gradas más para llegar á las puertas de este templo. Había cuatro hacia el Septentrión, cuatro hacia el Médiódía y dos hacia el Oriente.

» Una pared separaba el oratorio de lo demás, el cual estaba destinado para las mujeres, y tenía dos puertas, una al lado del Mediodía y otra al de Septentrión, únicas que facilitaban la entrada permitida, no sólo á las mujeres de nuestra nación, habitantes en la Judea, sino también á las que atraídas por devoción venían de otras previncias para rendir sus homenajes á Dios. La parte que miraba al Occidente estaba cerrada por otra pared, sin tener puerta alguna. Entre las que he dicho del lado del muro junto á la tesorería había galerías sostenidas por grandes columnas, que por más que no estaban enriquecidas con muchos adornos, en nada cedían á las que tenían encima.

» De las diez puertas que he hablado, las nueve estaban con sus goznes, cubiertas enteramente con planchas de oro y plata, y la décima que se hallaba fuera del templo, lo era de azófar de Corinto, más precioso todavía que el oro y la plata. Estas puertas eran á dos mitades, y cada mitad tenía treinta codos de alto y quince de ancho.

» Al entrar se encontraba á derecha é izquierda salones de treinta codos en cuadro y cuarenta de elevación, hechos en forma de torres y sostenidos cada uno por dos columnas de doce codos de espesor cada una. En cuanto á la portada del lado del Oriente, por la que entraban las mujeres, y que estaba opuesta á la del templo, era de orden Corintio y sobrepujaba á todas en grandor y magnificencia, porque tenía cincuenta codos de alto, y sus puertas cuarenta, y las planchas de oro y plata de que estaban cubiertas, tenían más espesor que las otras nueve que había hecho cubrir Alejandro, padre de Tiberio. Por quince escalones se subía después al muro que separaba las mujeres de los hombres hasta la grande puerta del templo, y todavía era preciso subir veinte más para ganar las otras puertas.

» El templo, este lugar santo, consagrado á Dios, estaba en el centro. Se subía por doce escalones. El alto y ancho de su frontispicio era de cien codos, pero á su fondo y detrás tenía tan sólo sesenta, porque por la parte de enfrente, á su entrada, había dos ensanchamientos de veinte codos cada uno, que hacían como dos brazos extendidos para abrazar y recibir á cuantos entrasen. Su primer pórtico, que era de se-